

## Métodos cualitativos y objetividad

Mariano R. Gialdino

CEIL-CONICET

marianogialdino@gmail.com

### Resumen

Al obtener, analizar y narrativizar los datos, los métodos cualitativos se ubican en un lugar cuya única certeza parece ser la de buscar oponerse a una “cuantificación” de la vida humana. El particularismo (requisito *sine qua non* de cualquier conocimiento empírico posible) parecería arrastrar a sus investigadores e investigadoras a abandonar los círculos que frecuentan las “altas teorías”. El conocimiento teórico, al posicionarse en un horizonte *superior* al de los particularismos, se desliga *de hecho* de la empiria, al mismo tiempo que el conocimiento concreto, cualitativo, parece tan ingeneralizable que se confunde con conocimientos microscópicos, demasiado contextualizados y personificados. La posmodernidad abrevará en esta paradoja. Sin embargo, este dilema no es abstracto en un mundo signado por todo tipo de violencias fruto de conflictos y diferencias sociales. De ahí la importancia de un planteo epistemológico sobre los estándares de validez en ciencias sociales, atento a la participación de los actores presentes dentro de la narrativa científica.

## **Planteo del problema**

El primer asunto que deberemos abordar será relativo a los estatus ontológicos de “los datos” y de “lo verdadero”, dos conjuntos que se superponen y suponen en varios puntos. Esto se debe a que todo discurso científico, para ser tal dentro de nuestra comunidad académica, deberá poseer un anclaje, una fundamentación “fáctica”, “empírica”, cosa que solo los datos cosechados durante experiencias/experimentos deberían poder garantizar.

El dato, para las ciencias sociales posee varias características que no lo hacen del todo comparable con aquellos con los que trabajan las ciencias basadas en la matemática, que es una disciplina que versa sobre cantidades.

Un dato, en ciencias sociales, es difícil de ser obtenido en un laboratorio, y esto se debe a que la observación del científico social está atenta a fenómenos que no dependen de la mirada experta para producirse. El deseo de ir en contra de esta “espontaneidad” de los datos con los que puede trabajar la ciencia social, llevó no pocas veces a realizar experimentos sociales, cuya enorme mayoría, hoy, estarían prohibidos por los tribunales de ética.

Sucede que, salvo que se asuma que los seres humanos poseen la misma libertad que las soluciones químicas, para comprender porqué “las personas hacen lo que hacen” será preciso atender a la “motivación” de los actores. Para entender porqué la gente va, por ejemplo, los domingos a la cancha, se pueden tomar dos caminos, bifurcación que se explica por motivos, como veremos, ontológico/epistemológicos.

Sencillamente, es necesario resolver, como primer paso obligatorio de cualquier investigación, si la motivación que guía a los actores es una dimensión visible para los actores mismos, o si es aquello que sólo el científico social puede comprender. Todos podemos notar las gotas de agua que recubren nuestro vaso de agua fría, pero muy pocos explicar el fenómeno de la condensación, que un día fue “descubierto” por un observador experto. Ahora bien, las personas que van a la cancha es muy dudoso que piensen para sí mismos cosas que se les suelen atribuir tales como, por ejemplo, “mi origen trabajador/proletario sumado a mi escaso capital socio cultural, mi limitada capacidad de ahorro, y/o los ritos de masculinidad heteropatriarcal, me llevan a realizar y reproducir esta práctica”, lo que vendría a ser una explicación “científica” posible del observador experto, que analiza los fenómenos sociales y a sus actores involucrados recurriendo a un discurso

ajeno a esas realidades y cuyas descripciones muy probablemente no sean compartidas por los “objetos” de estudio. Esta perspectiva corresponde con un posicionamiento epistemológico que supone que las personas son atravesadas por factores sociales que condicionan sus prácticas incluso a nivel oculto, o “inconsciente”. Las *disciplinas* que comparten estos postulados se ubican *ipso-facto* en un lugar de superioridad “ético-política” respecto de los actores de sus estudios, debido a que ellas “saben verdaderamente” porque ellos hacen lo que hacen, y lo que deberían hacer, con independencia de lo que ellos crean que los motiva.

Las ciencias sociales que orbitan alrededor de todos los aparatos penales de los Estados, y que incluyen jueces, criminólogos, psicólogos, psiquiatras, trabajadores sociales y sociólogos, entre otros, trabajan con nociones de “normalidad” que por fuerza se desgranán de un horizonte abstracto lo suficientemente concreto, sin embargo, como para privar de la libertad a una persona por varios años de su vida. Para realizar esto no tienen siquiera la necesidad de aportar “datos” sobre las bondades de la institucionalización forzada, cosa que, de tener que hacerlo, le resultaría imposible: si su existencia dependiera de los datos de violencias, reincidencias e inserciones sociales, la enorme mayoría de los aparatos penitenciarios deberían desaparecer, cosa que no sucede porque, mágicamente, una vez que se tiene “una verdad”, ya no se necesitan datos.

Supongamos que un investigador pudiese, a la salida de todos los partidos de los domingos del campeonato, encuestar a todos los presentes, y encontrar una regularidad demasiado marcada en cualquiera de los conceptos o categorías sobre los que se les preguntaba a los espectadores... incluso en el fantástico caso de que en un 99% de los casos los asistentes a los partidos de fútbol fuesen de clases bajas, no posean estudios secundarios completos, y nunca hayan salido del país o hecho turismo... ¿Qué habilitaría al investigador a decir que se tratan de los *porqués* la persona hace lo que hace? Allí es donde intervienen no datos, sino imaginación: la “causalidad” que “une” una categoría social abstracta con la vida de esa persona particular que se despierta y organiza su tiempo para ir a la cancha es una ficción, un supuesto, debido a que reúne dos dimensiones ontológicas separadas y de naturalezas diferentes. Esas ficciones pueden ser muy útiles, a tal punto que, de nuestros días, hasta –o principalmente- los partidos políticos orientan sus propagandas teniendo en cuenta los distintos contextos geográfico-sociales de sus auditorios, o sus “hábitos de consumo virtuales”. Conseguir conocer para “prever y/o influenciar” es

probablemente la mayor ambición político-gnoseológico-teórica de las ciencias humanas.

Sin embargo, para poder realmente conocer, controlar -en Nietzsche (1996) y Foucault (1996) se confunden los conceptos-, no alcanza con saber que la mayoría de las personas que realizan una práctica reúnen determinadas características comunes, sino saber el porqué lo hacen. Las categorías sociales explican las prácticas a quienes no son sus practicantes, y por eso el lugar del científico en una investigación es un problema epistemológico y social en sí mismo.

Esto nos pone frente a tres consideraciones epistemológicas fundamentales que analizaremos en orden. Ellas son: 1. ¿Cómo delimitar, recortar un fenómeno social del resto del mundo? 2. ¿Cómo acceder a ese fenómeno? y, 3. ¿Cómo traducirlo en un texto “científico y/o verdadero”?

### **1. ¿Cómo delimitar, recortar un fenómeno social del resto del mundo?**

Considerar que se tienen experiencias relacionadas con el “mundo” presupone la utilización de conceptos como “existencia”, “realidad” y “objetividad” (Garfinkel, 2006: 102). Utilizar estas nociones no puede menos que representar la adscripción (crítica o “inconsciente”) de perspectivas ontológicas y epistemológicas que, además de poder ser siempre discutibles, muy probablemente sean otras que aquellas que utilizan los actores para comprenderse dentro del “mundo”, que por eso muy probablemente sea “otro mundo” que aquel en el que el investigador realiza sus especulaciones. Desde el “enunciado del problema” a investigar, los y las investigadores no pueden menos que ubicarse desde la tradición de la observación científica e histórica de su disciplina, con un estilo cognitivo particular, y un vínculo con la temporalidad que no coincide con aquella en la que los actores ubican sus acciones y el alcance de las mismas (Garfinkel, 2006: 127). Esto puede generar un *desfase* entre las realidades del científico y aquella en la que se mueven los actores: lo que para el observador podría parecer objetivamente el mismo comportamiento puede tener para el sujeto que actúa significados muy diferentes o ninguno; el significado no es, como en las reacciones químicas, una cualidad inherente de los acontecimientos (Garfinkel, 2006: 103). Cuando Korbut (2014: 483, 487) intenta definir lo que pueda llegar a ser “el orden social”, no puede menos que definirlo como un “orden situado”, lo que implica que cada acción ordenada está relacionada directamente con otras acciones dentro de una situación actual, y no con “normas”, “reglas”, “símbolos”, “tipificaciones”,

“interpretaciones”, “códigos” o “signos” supra-situacionales. El orden surge, así, como un fenómeno de secuencias de acción. Estas secuencias de acción se aplican a la actividad del científico y a la de los actores pero son, evidentemente, de naturaleza e intereses diferentes. Los detalles recurrentes de las actividades ordinarias constituyen su propia realidad. Estas actividades deben estudiarse en sus detalles inmediatos y no como signos, pistas o indicadores. Como indica Garfinkel (2006: 126, 106) lo que es necesario buscar son los datos que se encuentran en las representaciones de los significados involucrados en la vida espontánea del sujeto, y esos datos empíricos consisten en lo que el sujeto ha significado en sus expresiones. De allí la insistencia de Garfinkel por señalar al observador la necesidad de no interpretar los términos literalmente sino simbólicamente en concordancia con los significados del actor y de la situación de habla, y lejos de las reglas que orientan la actividad científica. Es en este sentido que a Garfinkel (2001: 3) le interesa la estructura como un fenómeno del orden realizado, como un logro de las actividades ordinarias. Como enuncia Schutz (1962: 35) los esquemas conceptuales dan por sentado o consideran irrelevantes los elementos subjetivos subyacentes de las acciones y, por lo tanto, no los tienen en cuenta. Schutz, en esta línea, (1972: 248) plantea el problema del conocimiento social científico: aunque las ciencias sociales parten del mismo mundo social en que vivimos de día en día y lo dan por sentado, los métodos que utilizan para reunir el conocimiento son por completos distintos de los que se usan en la vida cotidiana. En la tarea de interpretar a un “otro” el observador científico asigna sus propios significados; esto, precisamente, lo que hace es despojar a ese “otro” de su característica esencial: la alteridad. El observador interpreta y, para Garfinkel (2001: 5), esa interpretación es inevitable, externa, teórica y conceptual. Podríamos decir que se trata del “*problema del guardapolvo sucio*”, metáfora que inventamos para pensar que, al “laboratorio de la ciencias sociales”, siempre lo estamos contaminando y perturbando con nuestras herramientas cognitivas, con nuestro lenguaje foráneo, y con el lugar desde el que pensamos y vivimos en el mundo social y el mundo de la ciencia. Así, el vínculo del investigador con su “problema de estudio” es tan radicalmente ajeno al contexto social en el que dicho “problema” “existe”, que, podría decirse, el primer auténtico problema, para la investigación, es el investigador mismo: su lugar en la ciencia, su lugar en “la sociedad”, su lugar en y con “los otros”.

Desde estas consideraciones, ontológica y epistemológicamente, lo que queda en

claro es que sólo el actor puede saber qué hace, porqué lo hace, en qué orden causal se inscribe su acción y hasta dónde lo hace. Todo lo que pueda aportar la observación científica no podrá menos que provenir de un horizonte ajeno al “mundo” de los actores. Por ende, si se habla de “objetividad” en el discurso de las ciencias sociales, esa misma objetividad deberá estar sometida a la *subjetividad* de quienes realizan las prácticas que los científicos desean comprender, y que por definición le son ajenas e incomprensibles.

## **2. ¿Cómo acceder a ese fenómeno?**

Evidentemente, si partimos de consideraciones ontológico epistemológicas en las que lo que prima es la percepción de los actores, si alguna “verdad” puede llegar a alcanzarse, esta no podrá menos que manifestarse no teórica, no conceptualmente, sino fenomenológicamente. Estas consideraciones son tan “básicas” que son compartidas por Schutz, Garfinkel y los etnometodólogos, aceptando que las acciones sociales, y la comprensión de las personas sobre esas acciones, surgen de la participación en la interacción social y, junto a Husserl, enfatizan que nuestra experiencia es intersubjetiva desde el principio. Esto se desprende necesariamente de un posicionamiento en el que, de existir una “verdad social”, dicha entidad no podría ser nunca accesible por un pensador solitario sino, bien por el contrario, como fruto de un trabajo intersubjetivo con “otros” que serán quienes, sin perder su alteridad, puedan aportar al discurso científico algo así como su objetividad. Como apunta Firth (2010: 600) el propósito del programa de estudio que llegó a ser conocido como etnometodología fue analizar la organización social exclusivamente a partir de las “estructuras de experiencia” de los miembros, más que a partir de categorías, representaciones o esquemas deducidos “objetivamente” o “científicamente”. Es sólo mediante tales “estructuras de experiencia” que las actividades y eventos se reconocen como fenómenos ordenados y racionales.

El problema surge frente a este aspecto “trágico” del conocimiento científico: ¿Cómo, entonces, ese teórico “solitario” -en palabras de Garfinkel (2006: 128)- encuentra acceso al mundo de la actividad cotidiana y lo convierte en un objeto de su contemplación teórica?, ¿Cómo podrá acercarse al mundo de la vida cotidiana en el que los hombres y mujeres trabajan entre sus semejantes con una actitud natural, esa actitud natural que el teórico está obligado a abandonar? El pensador teórico, aunque permanece en la actitud teórica, no puede experimentar originalmente y comprender de inmediato el mundo de la

vida cotidiana. Tiene que construir un “dispositivo artificial”. Este recurso artificial es llamado por Schutz (1974: 235-236) “el método de las ciencias sociales”, y su función es sustituir el mundo intersubjetivo de la vida por un modelo de ese mundo, debido a que el mundo de la vida cotidiana no es directamente accesible por la teorización. Tal modelo, sin embargo, no está poblado de seres humanos con toda su humanidad sino de títeres, de tipos, que son contruidos como si pudieran llevar a cabo acciones y reacciones. Por supuesto, estas acciones y reacciones son solo ficticias, ya que no se originan en una conciencia viva como manifestaciones de su espontaneidad; son asignadas a los títeres únicamente por gracia del científico. Así las cosas, frente a las dos preguntas que nos venimos haciendo (“¿Cómo recortar un fenómeno?” y “¿Cómo acceder a él?”), podríamos contar con una misma y simple respuesta: artificialmente.

Esto implica que, para expresarlo estrictamente, el actor, y solo el actor, sabe lo que hace, por qué lo hace, cuándo y dónde comienza y termina su acción. La recuperación del punto de vista subjetivo, es decir, de la interpretación de la acción y su situación en términos del actor es, para Schutz (1962: 34), un principio general de la construcción de modalidades de cursos de acción en la experiencia de sentido común, y cualquier ciencia social que aspire a comprender la “realidad social” debe también adoptar este principio. Esto nos vuelve a poner frente a la pregunta sobre la forma de acceso a los “datos”, pero no nos permite una respuesta estrictamente metodológica, sino más bien un “posicionamiento subjetivo” frente a las experiencias y el mundo. Es por esto que cuando Schutz habla de *Verstehen*, no se trata de un método utilizado por el científico social, sino de la forma experiencial particular en la que el pensamiento de sentido común toma conocimiento del mundo cultural social (Schutz, 1962: 56).

A esto debemos que el lenguaje venga a ocupar el primer plano de toda consideración relativa al acceso y comprensión de “un mundo social”. Como se muestra en Garfinkel y Rawls (2019: 10, 12), las personas en su tratamiento en entornos interpersonales se rigen por expectativas constitutivas de confianza mutua. En los entornos culturales, en los cuales los eventos son eventos del lenguaje, se rigen por expectativas constitutivas por ser miembros de la misma comunidad lingüística. Wittgenstein (1988: 23, 25), a cuya perspectiva recurre Garfinkel, entiende que los usos concretos de las personas son usos racionales dentro de algún “juego de lenguaje”. El gran aporte del filósofo alemán descansa en definir las prácticas lingüísticas precisamente como “juegos”, lo que menta su

arbitrariedad, su compatibilidad con otros juegos, y el hecho que posean “reglas” particulares y sin otro objetivo que el de reglamentar la propia práctica. Si uno no comprende el reglamento de un juego no sólo no podrá jugarlo, sino que tampoco podrá comprender el porqué sus practicantes hacen lo que hacen. A esto se debe que, sin pertenecer o comprender los “juegos” lingüísticos de un grupo, mal podría alguien obtener algún conocimiento sobre sus prácticas. Así, lo primero que deberá hacer un científico social será abandonar sus propios juegos de lenguaje, para comprender aquellos otros en cuya práctica será no sólo neófito, sino discípulo, de quienes está queriendo comprender. Como se postula en Garfinkel y Rawls (2019: 148) este enfoque de los “juegos de lenguaje” de Wittgenstein condujo a Garfinkel a buscar lo que designó como una descripción literal de los eventos culturales y/o lingüísticos, significando por “literal” una descripción paso a paso de las reglas constitutivas y preferidas que los participantes usan para crear un evento reconocible en un lenguaje.

### **3. ¿Cómo traducirlo en un texto “científico y/o verdadero”?**

Una vez más, tenemos un problema ontológico: el mundo y el lenguaje de la ciencia no son (y de hecho suelen despreciar) a los mundos y a los lenguajes de quienes no pertenecen a su comunidad. El “juego de lenguaje” de la ciencia no es el de los actores a los que esa misma ciencia conoce (o desconoce), y de los que habla. Volviendo al “método de las ciencias sociales”, como lo formula Psathas (1999: 49), se trata de un modelo típico ideal autónomo, consistente y racional. Es un modelo del mundo de la vida cotidiana, pero no una descripción de las realidades de ese mundo: es una abstracción desarrollada por el científico social. En esta línea, es necesario recordar la significativa contribución de Schutz (1974: 80) cuando señala que las construcciones de las ciencias sociales suelen ser de segundo grado, o sea, construcciones de las construcciones elaboradas por quienes actúan en la escena social, cuya conducta debe observar y explicar el especialista en ciencias sociales de acuerdo con las reglas de procedimiento de su ciencia. De este modo, la persona, su situación, su acción, los significados que se les atribuyen a esta estarán constituidos no por lo que son, sino por la forma en las que sean concebidas por las reglas del juego que emplea el investigador (Garfinkel, 2006: 197).

## Conclusiones

1. Dado que toda construcción científica requiere el recorte artificial de un conjunto de prácticas, el discurso científico debe considerarse desde su arbitrariedad, y desde la distancia que el científico posee respecto de los mundos de la vida de los actores que desea conocer, y con los que no comparte juegos de lenguaje.
2. Estas críticas a un posible “conocimiento del otro” en el discurso de las ciencias sociales debería conducirnos a una consideración epistemológica orientada fenomenológicamente a rescatar no las teorías y/o concepto de la tradición sociológica, sino a “participar” de juegos de lenguaje ajenos –y muchas veces encontrados con los de la ciencia- y a “comprender” el sentido de las prácticas desde la perspectiva misma de sus actores.
3. Estas consideraciones epistemológicas poseen una deriva política marcada. Las sociologías clásicas y/o totalitarias tienden a enfocarse exclusivamente en las reglas normativas, concibiendo la conducta humana como más o menos aproximada a una norma reguladora donde, superando ciertos límites, viola las expectativas y los requisitos y se considera desviada. Las sociedades a menudo se suponen construidas sobre la base de tales reglas normativas y, por lo tanto, se presentan analíticamente como sistemas de acción social regulada. En palabras de Coulon (1995: 74) los estudios etnometodológicos pueden mostrar cómo los miembros de una sociedad producen y exhiben juntos en su vida cotidiana la coherencia, la fuerza, el carácter ordenado, el significado, la razón y los métodos del orden social: esto podría habilitar no sólo a resistir las “reglas normativas”, sino principalmente a configurar un horizonte de participación política en el que, antes que normativizar/legislar sobre “otros”, se deberá comprenderlos, cosa para la que resulta menester no sólo escucharlos, sino hacerlo desde sus juegos de lenguaje, desde su mundo.

La participación política de la diversidad, y los totalitarismos, no dependen de otras cuestiones: la violencia sistemática requiere de una verdad que valga más que las otras, a tal punto de obligarnos a vivir en “un” mundo frente al que toda conducta desviada deberá ser controlada y reprimida. “El ataque a la jerarquía debe comenzar con un ataque a las definiciones, etiquetas y nociones convencionales de quién es quién y qué es qué (...). Para decirlo de otra manera, estudiamos algunas formas de la opresión, y los medios por los cuales la opresión alcanza el estatus de algo ‘normal’, ‘cotidiano’ y legítimo” (Becker, 2014: 220).

## Referencias

- Becker, H. (2014). *Outsiders, hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Coulon, A. (1995). *Ethnomethodology*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- Firth, A. (2010). Etnometodología. *Discurso & Sociedad*, 4(3), 597-614.
- Foucault, M. (1996). *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.
- Garfinkel, H. (2001). Le programme de l'ethnométhodologie (Preprint). En A. Ogien, M. De Fornel y L. Quere (Ed.), *L'ethnométhodologie. Une sociologie radical* (pp. 31-57). Paris: La Découverte.
- Garfinkel, H. (2006). *Seeing sociologically: The routine grounds of social action*. Colorado, USA: Paradigm Publishers.
- Garfinkel, H. y Rawls, A. W. (2019). Notes on language games as a source of methods for studying the formal properties of linguistic events. *European Journal of Social Theory*, 22(2), 148-174.
- Korbut, A. (2014). The idea of constitutive order in ethnomethodology. *European Journal of Social Theory*, 17(4), 479-496.
- Nietzsche, F. (1996). *La genealogía de la moral*. Madrid: Alianza Editorial.
- Psathas, G. (1999). On the study of human action: Schutz and Garfinkel on social science. En L. Embree (Ed.) *Schutzian social science* (pp. 47-68). Dordrecht: Kluwer.
- Schutz, A. (1962). Common-sense and scientific interpretation of human action. *Collected papers I* (pp. 3-47). Dordrecht, the Netherlands: Springer.
- Schütz, A. (1972). *Fenomenología del mundo social*. Buenos Aires: Paidós. Schutz, A. (1974). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Wittgenstein, L. (1988). *Investigaciones filosóficas*. México DF: Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México.